

tar el mismo Hijo de Dios? El mas grosero puede conocer, que si algun gran monarca edificase á sus expensas un palacio para morada suya, era muy justo y correspondiente á su Majestad, que la fábrica y edificio conformase con la grandeza de quien lo edificaba, y con el fin para que se hacia, sin que se reparase en ningun gasto, primor ni artificio. Pues si el Monarca de cielos y tierra hizo para sus siervos casa tan grandiosa, como es todo este mundo visible, cuyo solado es la tierra, hermoçada con tanta variedad de flores, enriquecida con tanta diversidad de piedras preciosas, y adornada con tan agradable amenidad de florestas, fuentes, ríos y alamedas; cuyos techos son esos cielos, sembrados de tan resplandecientes lumbreras, que como finísima pedrería le hermocean; y todas las alhajas de esta casa son tan suntuosas y tan ricas, como descubren nuestros ojos en esferas y elementos que sirven á la vida y al regalo de los hombres: pues si en esto, vuelvo á decir, mostró el Rey de Reyes tanta magnificencia, ¿cuál será la que habrá puesto en el edificio de la casa, que para sí mismo labraba, como palacio real, y honorífica demostracion de su grandeza? Baste decir para encaecerlo, que la Sabiduría edificó para sí casa. ¿Qué humildad pondria por fundamento? ¿qué blancura de virginidad en sus paredes? ¿qué columnas de virtudes por estribos? ¿Cuán levantados y hermosos serian los chapiteles de sus pensamientos y deseos? ¿cuán claras lumbreras de luz divina en todos los aposentos interiores? ¿cuán ricas, cuán labradas, y doradas todas las piezas con variedad luminosa y resplandeciente de gracias y divinos dones? Finalmente, ¿cuán rica y abundante estaria en todo lo interior y exterior, de frutos, de virtudes, y buenas obras agradables á Dios y útiles á los hombres? Solo el mismo Señor, que la hizo tan suntuosa y opulenta, puede conocer hasta dónde llega la eminencia impenetrable de sus grandezas, pues dice que la fabricó para morada suya.

16. Lo que sabemos es, que, como dice el angélico Doctor<sup>1</sup>, aquellos, á quienes Dios nuestro Señor elige para algun ministerio de su agrado, los apareja y dispone de tal manera, que sean idóneos para su desempeño, segun aquello del Apóstol<sup>2</sup>; hízonos Dios ministros idóneos del Nuevo Testamento; y habiendo sido elegida la beatísima Virgen por divina ordenacion para ser Madre de Dios; es consiguiente, y no se puede dudar, que Dios por medio de su gracia la hizo idónea para este fin, y que por eso le dijo el Ángel

<sup>1</sup> S. Thom. 3 p., q. 37, art. 4. — <sup>2</sup> II Cor. III, 6.

que habia encontrado la gracia para con Dios; de tal manera, y con tanta plenitud, dice el santo Doctor<sup>1</sup>, que de algun modo se deriva de esta Señora á los demás hombres; que aun con alusion á esto, dice san Jerónimo<sup>2</sup>, que toda la plenitud de gracias que hubo en la santísima humanidad de Jesucristo, hubo tambien en la beatísima Virgen, su Madre, aunque de otra manera; conviene á saber, segun declara san Bernardino de Sena<sup>3</sup>, en Cristo, como en hombre personalmente deificado, y en la Virgen, como en templo de Dios dedicado singularmente al Verbo eterno. En Cristo, como en cabeza que influia la gracia en los demás miembros de su cuerpo místico, que son los fieles; pero en la Virgen, como en cuello de este mismo cuerpo, pues por él se transfunde y derrama la gracia que sale del mismo Cristo, en todo el cuerpo de la Iglesia; á la manera que los espíritus vitales descienden de la cabeza por el cuello al cuerpo humano. En Cristo, como en fuente universal de todos los bienes; pero en la Virgen, como en un estanque divino, donde todos entran para repartirlos por su medio entre las almas; finalmente, en Cristo estuvo la plenitud de la gracia en grado supereminente de Criador; y en la Virgen, aunque en grado perfectísimo, pero de pura criatura.

17. Con esta universalidad de gracias y virtudes nació condecorada María; tan engrandecida por la divina Omnipotencia, que lo que fabulosamente describió Hesiodo de aquella prodigiosa mujer, en cuya fábrica dice<sup>4</sup> que se esmeraron los dioses, adornándola cada uno de su don particular para que saliese perfectísima: el uno de sabiduría; el otro de hermosura; el otro de prudencia; y así de las demás perfecciones: lo vemos cumplido real y verdaderamente en nuestra milagrosa Virgen; pues en su fábrica se esmeró y echó el resto el verdadero Dios, adornándola de todas las gracias y perfecciones concedidas á todas las criaturas terrenas y celestiales; de manera, que le cuadra muy bien lo que dijo san Juan en su Apocalipsis<sup>5</sup>: *Milagro grandísimo apareció en el cielo, una mujer vestida del sol*; esto es, tan llena de divinos resplandores, que parecia toda divina, y tanto, que de su grandeza se admiran no solamente los hombres en la tierra, sino tambien los Ángeles en el cielo, dice san Epifanio<sup>6</sup>; y así para unos y otros es un asombroso milagro, que así la llama el Santo, y lo mismo hacen san Ignacio

<sup>1</sup> D. Thom. art. 5, 1. — <sup>2</sup> Hieron. epist. ad Paul de Assumpt. — <sup>3</sup> Bernard. Sen. serm. LI, art. 3, cap. 1, tom. II. — <sup>4</sup> Hesiod in theogon de Pand. — <sup>5</sup> Apoc. XII, 1. — <sup>6</sup> Epiph. orat. II de laud. Deip.

mártir y san Juan Damasceno<sup>1</sup>; y á la verdad muy justamente, pues, mírese María por el lado que se quiera, se verá desde luego que en todo es un asombro y maravilla inaudita, con especialidad en la perfeccion de las gracias y virtudes, pues todas se concedieron á esta purísima Vírgen en grado el mas eminente; de manera, que como dejo dicho con san Buenaventura, de la suerte que todos los ríos entran en el mar, todos los ríos de gracia entraron en María; porque entró el río de gracia de los Ángeles, dice el Santo; entró el río de gracia de los Patriarcas y Profetas; entró el río de gracia de los Apóstoles; entró el río de gracia de los Mártires; entró en fin el río de gracia de los Confesores, Vírgenes y Doctores; y lo mismo sucedió con el río de todas las virtudes. Porque, ni le faltó la pureza de los Ángeles, ni la fe de los Patriarcas, ni la sabiduría de los Profetas; ni el celo de los Apóstoles; ni la paciencia de los Mártires; ni la inocencia y humildad de las Vírgenes; finalmente de ningun género de virtud careció, porque todas las tuvo en grado el mas eminente<sup>2</sup>.

18. Esta es, oyentes míos, una tosca pintura de las gracias, virtudes y perfecciones que tuvo María santísima desde su nacimiento dichoso; estas las prerogativas y grandezas con que Dios condecoró á nuestra soberana Reina desde su niñez sacrosanta, manifestando desde luego en este modo de obrar, que era en su divino amor la predilecta, la escogida, la preservada de toda ruina y mancha original, la enriquecida y hermoçada con el mayor ornato que se podía dar á pura criatura, pues la vistió del sol, la coronó de estrellas, y puso por alfombra de sus sagradas plantas á la luna, como nos lo dice san Juan<sup>3</sup>; preparada, en fin, como esposa ricamente adornada para su esposo, y tan ricamente, que echó Dios en este precioso adorno para su esposa y amada Madre el resto de su poder, de su saber y de su querer.

19. ¡Oh feliz Infanta! ¡oh dichosa Niña, seais mil veces bendita y alabada en los cielos y en la tierra. Seais bien venida al mundo, pues venís tan enriquecida de dones para ornato vuestro y para bien comun de todas las criaturas; todas ellas os alaben, os bendigan y os canten himnos y cánticos los mas sonoros de alabanza, particularmente los miserables hijos de Adan, ya que logran el consuelo, mediante vuestro nacimiento precioso, de salir de sus cadenas y desdichas, que es lo segundo que me resta probar.

<sup>1</sup> Ignat. epist. I ad Joan.; div. Dam. orat. I de Nativ. Virg. — <sup>2</sup> Idiot. in contemp. Virg. cap. 1. — <sup>3</sup> Apoc. xii, 1.

*Segunda parte: ¿Para qué viene María al mundo?*

20. Habiendo visto la inefable grandeza de gracias y virtudes con que desde su nacimiento dichoso salió condecorada María, pasemos á ver el fin para que envía Dios al mundo á esta soberana Infanta; y para ello volvamos á dar otra vuelta al Evangelio. Ya dejo dicho que todo él se reduce á manifestarnos los progenitores de Jesucristo desde el patriarca santo Abraham hasta María Señora nuestra.

21. Reparad ahora en las generaciones que precedieron, y advertiréis que cuenta el Evangelista sagrado catorce desde Abraham hasta David; catorce desde David hasta la cautividad de Babilonia; y otras catorce desde la cautividad hasta Cristo Jesús nuestro Redentor, que en todo hacen cuarenta y dos. ¡Misterio grande! dice san Jerónimo<sup>1</sup>. ¿Sabeis por qué? Oid al santo Doctor. Cuando sacó Dios de Egipto á su escogido pueblo, es constante que en el espacio de los cuarenta años que anduvieron por aquellas tierras desiertas hicieron varias mansiones; pero ¿cuántas? Lea el curioso con atencion la Escritura, y hallará que fueron cuarenta y dos, dice el Doctor máximo. Ved, pues, el misterio de referir el Evangelista cuarenta y dos generaciones; para significarnos las cuarenta y dos mansiones del desierto, y darnos á entender en ello que como al cumplirse las cuarenta y dos mansiones llegó el pueblo, despues de tantos trabajos, á la felicidad de la tierra prometida; así al nacer María santísima, que fue al cumplirse las cuarenta y dos generaciones, habian de llegar las almas al colmo de todas las felicidades. Ved, pues, ya descubierto el fin para que envía Dios al mundo á nuestra sacratísima Niña; para sacarnos de las miserias en que estábamos sumergidos, y conducirnos á la tierra de promision de la gloria.

22. Pecó Adan, como todos saben, y de sus resultas quedó el hombre en estado tan miserable, que desde la planta del pié hasta la cabeza, dice Isaiás<sup>2</sup>, no le quedó cosa sana; todo quedó lleno de llagas, enfermedades, dolencias, miserias, desdichas, lamentos y gemidos en el alma y en el cuerpo, como aquel santo y paciente Job<sup>3</sup>, cuando se veia sentado en un muladar, lleno de podre, y hecho espectáculo el mas horroroso. En tan deplorable situacion corrió el mundo las cinco edades que cuenta san Agustin<sup>4</sup>, desde

<sup>1</sup> Hieron. epist. ad Fabiol. de mansion. — <sup>2</sup> Isai. i, 6. — <sup>3</sup> Job., ii, 7, 8. — <sup>4</sup> August. lib. I in Genes. cont. Maniq. cap. 23.

nuestro padre Adán hasta la venida de Jesucristo; experimentando el hombre sobre su cabeza los rigores mas tremendos de la justicia de Dios, sin hallar lugar de refugio ni en el cielo, ni en la tierra, ni en las islas mas remotas, ni aun en el mismo infierno. ¡Oh qué tiempos estos tan calamitosos! Ciertamente causa horror el extender la vista por la sagrada Escritura. Desde las primeras hojas no se advierte otra cosa mas que la ira de un Dios vengador; apenas crió al hombre, cuando se arrepiente de haberlo criado, y no como quiera, sino amenazándole con el mayor furor, que lo extinguiría del todo, y con él todas las cosas criadas, desde la sabandija mas despreciable hasta las aves del cielo<sup>1</sup>, y efectivamente, poniéndolo en parte en ejecucion, envia un diluvio tan horrendo, que anegó á todo el mundo, dejando salvas únicamente ocho personas<sup>2</sup>; envia posteriormente un fuego abrasador desde el cielo, y con él reduce á pavesas las ciudades de Sodoma y de Gomorra<sup>3</sup>; en fin todo era saña y furor en aquel tiempo, que aun por eso, hablando con su Dios el real Profeta le decia humildemente<sup>4</sup>: Señor, ¿dónde me podré ocultar y esconder de vuestra indignacion y furor? Si subo al cielo, huyendo de tu ira, allí te encuentro indignado; si bajo al abismo, allí te hallas presente; si volando me paso á la otra banda del mar, allí me prenderá tu poder ó mano derecha.

23. En estos tristes clamores, en estos quejidos lastimosos pasaban nuestros antiguos padres los dias y las noches, sin hallar remedio para tan inmensos males; porque no habia en aquellos tiempos infelices lugar de refugio donde acogerse y defenderse de los golpes de la divina Justicia, ni quien pudiese detener el brazo de su poder, para que no descargase el golpe contra los miserables pecadores; es verdad que era entonces nuestro Dios, como lo es ahora, fuente de la piedad, de la misericordia, de la vida y de la salud; pero tenia Dios estas aguas recogidas en sí mismo, dice David: *Apud te est fons vitæ*<sup>5</sup>; las tenia detenidas en sí mismo, como en estanque, que eso es *apud te*. Mirad sino ¡qué marchitas estaban las plantas racionales! ¡qué sin vigor para encaminarse con rectitud al cielo! ¡qué inclinadas y torcidas á las cosas de la tierra! Estaban, dice Isaias, como huerto sin agua, *velut hortus absque aqua*<sup>6</sup>; pero ¿por qué? Jardinero divino, ¿no veis cómo está el jardin de vuestra Iglesia? Los siglos pasan, las edades vuelan, ¡y aun teneis encerradas las aguas de vuestra misericordia!

<sup>1</sup> Genes. iv, 7. — <sup>2</sup> Ibid. vi, vii. — <sup>3</sup> Ibid. xix, 24, 25. — <sup>4</sup> Ps. cxxxviii; ibid. Saa. — <sup>5</sup> Psalm. xxxv, 10. — <sup>6</sup> Isai. i, 30.

24. Pero ¿qué quereis? dice san Bernardo<sup>1</sup>. ¿Qué quereis si no habia canal ó acueducto por donde se comunicasen? Por eso, dice el Santo, todo era entonces rigor; pero gracias á Dios, prosigue el Doctor melifluo, gracias á Dios, que naciendo María se comunican abundantes aquellas gracias que la llave de la justicia de Dios encerraba en otro tiempo á los hombres; ya desde este dia dichoso se hacen las paces entre Dios y los pecadores; ya desde hoy se rompió el muro y pared maestra que detenia la comunicacion de Dios con los hombres, y se abrió paso franco al comercio del cielo con la tierra; ya el Sol de justicia, dejando el ardiente *signo de Leon* colérico y sañado, pasa desde hoy al benéfico y templado *signo de Virgen*, y con su benévolo influjo queda hecho manso Cordeiro, con lo que se componen todas las cosas; aun por eso no carece de misterio el haber nacido esta soberana Reina en el mes de setiembre, pues como dice san Antonino<sup>2</sup>, así como el sol material caminando por el zodíaco pasa del signo de Leon, en cuya estacion hierva mas el calor, al signo de Virgen, en donde se templó su ardor; así el sol de justicia Dios nuestro Señor, que en todo el tiempo de la ley antigua era Dios de las venganzas, que ahogaba ejércitos<sup>3</sup>, quemaba ciudades<sup>4</sup>, anegaba mundos<sup>5</sup>, y despojaba paraísos<sup>6</sup>; fue, luego que entró en el signo de Virgo; es decir, en el vientre virginal de María; fue, y se hizo tan benigno y humano, que ya sus rayos resplandecen y no abrasan, arden y no hieren; verificándose aquí á la letra aquella prodigiosa maravilla que en otro tiempo se vió en Horeb<sup>7</sup>, cuando advirtió Moisés arder la zarza sin quemarse; pero ¿qué mucho, si, como canta la Iglesia<sup>8</sup>, era aquella dichosa zarza María Señora nuestra, que de tal suerte templó las fogosas iras del verdadero sol de justicia Cristo Jesús, que le hizo todo piedades?

25. Sí, almas, sí; María fue la que desde su nacimiento precioso empezó á templar la ira de un Dios vengador, convirtiéndole en compasivo y misericordioso; María fue la que desde este dia feliz nos proporcionó una dicha tan singular, porque penetrando los aires con los rayos de su virginidad, sobrepujando á los Ángeles y volando por los mismos astros, halló al Verbo eterno en el seno de su Padre celestial; y sacándolo de allí en su pecho virgi-

<sup>1</sup> Bernd. serm. de Nativit. Virg.; Alb. Magn. de laud. Mar. cap. 15. — <sup>2</sup> Antonin. 4 part. tit. 15, cap. 21, § 2 in fin. — <sup>3</sup> Exod. xv, 1. — <sup>4</sup> Genes. xix, 24. — <sup>5</sup> Ibid. vii, 21. — <sup>6</sup> Ibid. iii, 23. — <sup>7</sup> Exod. iii, 2. — <sup>8</sup> Offic. Eccles.

nal, hizo que bajase á la tierra, y que de esta forma se compusiesen todas las cosas; por eso la misma Vírgen, que hoy nage en tiempo, nos asegura y dice por su propia boca <sup>1</sup>, que desde *ab æterno*, y antes que hubiese tierra en que pecara el hombre, estaba ya ordenada en la Divina mente; mas ¿para qué? ya lo dice la misma Señora: *Cum eo eram cuncta componens*; para ser medianera entre Dios y los hombres, y por consiguiente apagar el fuego del furor divino con que amenazaba Dios á todo el mundo; por eso le daba el parabien san Basilio el de Seleucia <sup>2</sup>: gózate, Señora, porque intercediendo como medianera entre Dios y los hombres, haces que se quite el muro de enemistad que estaba puesto en medio, y que las cosas terrenas se junten con las celestiales; el mismo parabien le da san Efrén con otras palabras semejantes; gózate, le dice <sup>3</sup>, gózate, Vírgen sacrosanta y resurreccion de Adán tu progenitor; gózate, medianera gloriosísima del mundo, y reconciliadora de todo el orbe de la tierra. En este sentido la llama tambien san Anselmo <sup>4</sup> reparadora de todas las criaturas; y en el mismo, dice el angélico doctor santo Tomás <sup>5</sup>, canta la Iglesia que la Vírgen mereció traer en su sagrado vientre á Cristo nuestro Señor, que es el reparador de los hombres; porque por singular gracia mereció aquel grado de pureza y santidad, por el cual pudiese ser Madre conveniente de Dios. Para esto nació María; para componer aquel pleito de tanta entidad y tan injurioso, que habia suscitado el hombre contra la bondad de su Dios, y que se hiciesen las paces con su Majestad; y efectivamente lo consiguió con tan feliz suceso, que propiamente se verificó en esta Señora lo que dijo la esposa en los Cantares <sup>6</sup>, que se llegó á ver en la presencia de su esposo tan digna de sus cariños, que mereció encontrar la paz.

26. ¡Oh Niña santa, y cuánto debemos á tu nacimiento precioso! Tú eres desde este punto el arco íris que puso Dios como señal cierta en la tierra <sup>7</sup>, de que cesaba su enojo, y que no enviaria jamás otro diluvio vengador de los hombres; tú eres desde este momento feliz aquella misteriosa nubecilla que vió Elías <sup>8</sup>; porque con tus influjos piadosos atemperas desde hoy los rayos del furor divino, indignado justamente contra los descendientes de Adán. Tú eres desde este dia venturoso aquella columna de nube que

<sup>1</sup> Prov. viii; Vinc. Ferr. serm. de Concep. Virg.; Antonin. 1 part. tit. 8, cap. 3. — <sup>2</sup> Basil. Seleuc. serm. de Incarnat. — <sup>3</sup> Ephr. de laud. Virg. — <sup>4</sup> Anselm. de excell. Virg. cap. 11. — <sup>5</sup> Div. Thom. 3, part. quæst. 2, art. 11 ad 3. — <sup>6</sup> Cant. viii, 10. — <sup>7</sup> Genes. ix, 13. — <sup>8</sup> III Reg. xviii, 44.

guardaba y protegía tan admirablemente á los israelitas <sup>1</sup>, librándolos de los rigores del sol; porque tu benignidad templa desde luego el ardor del sol de justicia, Dios nuestro Señor. Tú eres desde tu nacimiento admirable aquella hermosa Dálila <sup>2</sup>, de cuya peregrina belleza se dejó cautivar el Sanson mas fuerte y valeroso, que siendo Dios de las venganzas se humilló de tal manera, que vino á ser la mofa y oprobio de sus enemigos. Tú eres la feliz arca de Noé, donde se llegaron á salvar, no como en aquella ocho personas solamente <sup>3</sup>, sino inmensidad de almas, pues no fue menos que todo el linaje de los hombres. Tú eres... pero ¿á dónde voy? Seria nunca acabar si hubiese de referir todo lo que debemos á María; baste saber que fue la reconciliadora de todo el linaje humano; aquella mujer fuerte que quebrantó la cabeza con el mayor heroismo á la serpiente infernal, que tanto daño nos hizo <sup>4</sup>. El demonio en figura de serpiente engañó á Eva, y por su medio nos vino la maldicion eterna; y María desde su nacimiento precioso engañó sagazmente al demonio, dice san Bernardo <sup>5</sup>, para quebrantarle su orgullo, dejarlo vencido, y de esta suerte lograr para los hombres la eterna bendicion. Bien lo conoció el mismo infernal espíritu, pues, como dice santa Brígida <sup>6</sup>, cuando nació esta Señora, hasta los mismos demonios tuvieron luz de su nacimiento, y quedaron tan absortos, que conferenciando entre sí, decian y se explicaban de esta manera: Ha nacido una niña con señales milagrosos de lo que ha de ser en adelante. ¿Qué harémos con ella? Si le aplicamos todas las redes de nuestra malicia, las romperá todas como estopa; si pasamos á investigar todo su interior, está fortalecida con pertrechos los mas fuertes, y tanto, que ni hallarémos en ella mácula, ni asilo el mas leve donde prendan los filos del pecado. ¡Oh cómo podemos temer que su pureza nos atormente; que su gracia destruya toda nuestra fortaleza, y que su constancia nos obligue á postrarnos vencidos á sus piés! Este fue, desde el nacimiento de María, el temor del demonio, y no se engañó; pues efectivamente, si una mujer le ayudó á que introdujese la tiranía en todo el género humano, otra mujer le despojó de su antigua posesion: hablemos claro: si Eva engrandeció el imperio del demonio, María le derribó de la cumbre á donde la otra infeliz le habia levantado: de manera, que por el mismo medio por donde el infernal espíritu ha-

<sup>1</sup> Exod. xiii, 21. — <sup>2</sup> Judith, xvi; Villan. in Concept. Virg. n. 8. — <sup>3</sup> 1 Petr. iii, 20. — <sup>4</sup> Genes. iii, 13. — <sup>5</sup> Bern. homil. II sup. *Missus*. — <sup>6</sup> Brig. lib. VI Revel. cap. 56.

bia cautivado el mundo, quedó rendido, y en el mas miserable cautiverio.

27. ¡Oh bendita sea para siempre la bondad de Dios, que se dignó criar de los hijos de Adán tan peregrina mujer! ¡Oh mujer feliz! ¡oh mujer dichosa! ¡Honra de tus padres, hermosura de la naturaleza humana, ornamento de las mujeres, piélago insondable de gracias, y feliz restauradora de los tristes yerros de Eva! Dichoso el vientre donde fuiste formada; dichosos los pechos que te dieron leche para criarte, y dichosos los labios que en la tierna edad gozaron de tus besos; ¡oh prenda dulcísima de Ana! con razón te llaman bienaventurada todas las gentes, porque tú eres honra ilustrada del linaje humano; tú eres la gloria de los sacerdotes; tú eres la esperanza de los cristianos; tú eres la planta fertilísima de la virginidad, por quien se extendió su hermosura por todo el mundo. Alégrese, pues, Joaquín y Ana, que tanta gloria dan hoy al cielo; tan gran tesoro á la tierra; tan inmenso gozo á los Ángeles, y tan justa alegría, júbilo y contento á los hombres.

28. De esta forma celebraba san Juan Damasceno<sup>1</sup>, de quien son las expresiones referidas; de esta forma celebraba el nacimiento de nuestra sagrada Niña, todo arrebatado y lleno de regocijo, al considerar que por ella empezó desde hoy la salud y remedio de los hombres, *hodie salus mundi inchoavit*; y aun no solo esto, sino que no pudiendo contener el gozo dentro de su pecho, hacia el exhorto mas vivo y eficaz, para que todo el orbe mostrase igual júbilo y alegría en la presencia de su Dios por tan incomparable beneficio: *Jubilare Deo omnis terra, exultate, et psallite*.

29. Alegrémonos, pues, fieles míos; pero sea nuestra alegría conforme en un todo con el espíritu de la Iglesia: no pretende ni solicita en sus hijos esta buena Madre el gozo del mundo, como son los recreos y pasatiempos inútiles, los bailes y comedias, las comidas opíparas y deliciosas, los deleites infames de la carne, y otros encantos del siglo; porque toda esta alegría es aparente, vana y engañosa, pues nos conduce á la perdición eterna; lo que sí desea nuestra Madre amorosa con el mayor encarecimiento, es aquel gozo y alegría espiritual, de quien dice santo Tomás<sup>2</sup>, que es efecto de la verdadera devoción, y uno de los principales frutos del Espíritu Santo, como dice san Pablo<sup>3</sup>; aquel gozo que viene á ser en sustancia una refección del hombre interior, un alien-

<sup>1</sup> Damasc. orat. I de Nativ. Virg. — <sup>2</sup> Div. Thom. 2, 2, q. 82, art. 5. — <sup>3</sup> Galat. v, 22.

to y esfuerzo espiritual, un rocío del cielo, un soplo del Espíritu Santo, un resplandor de la fe, una llamarada de la caridad, y un rayo de la divina luz.

30. Este es el gozo que desea y nos recuerda la Iglesia, para que en su virtud corramos alegremente por el camino de los mandamientos de Dios, como decía David<sup>1</sup>, hasta prorumpir con el mismo Rey penitente<sup>2</sup>: ¡Oh Señor, y cuánta es vuestra dulzura con los que os temen y aman de corazón! ¡qué dicha la nuestra, fieles míos, si así fuera! Pero ¡ay! que para lograrla es necesario mudar de vida; no bastan solos deseos, como no dudo los tendréis todos de llegar á tan inmensa felicidad; es preciso, sí, que concurren también las obras; es necesario que este hombre viejo, como decía san Pablo<sup>3</sup>, se convierta en un hombre nuevo; quiero decir (para explicarme con toda claridad), es forzoso que haya reformation de costumbres; vida nueva, vida nueva; ya veis cuál ha sido hasta aquí; en cualquiera edad que ponga el hombre los ojos, ¿qué es lo que halla? ¿qué es lo que encuentra? ¿Qué ha sido, pecador, toda tu vida sino una tela de pecados? ¿qué, sino un muladar de vicios? ¿qué, sino un camino de abrojos y una desobediencia de Dios? ¿Con quién has vivido hasta aquí, sino con tus apetitos y con tu carne, con tu honra y con el mundo? Estos han sido tus dioses; estos los ídolos á quien has servido, y cuyas leyes has guardado. Bien lo publican la soltura y libertad infame de tus ojos, la torpeza de tus pensamientos, la deshonestidad de tus acciones y palabras, esa maldita pasión por galas, comedias, bailes y otros encantos del siglo; bien lo publican tus blasfemias horribles, tus maldiciones execrables, tus murmuraciones insolentes, tu ira, tu soberbia, tu venganza, y un sinnúmero de pecados. Pues todo esto es necesario reformar, queridos fieles míos, para conseguir el dichoso gozo y alegría con que desea nuestra madre la Iglesia que celebremos el nacimiento de María.

31. Pues, fieles de mi corazón, ¿qué resolución es la vuestra? Os he manifestado quién es esta Niña recién nacida, según el orden de la gracia; conviene á saber, que es un piélago insondable de virtudes, un abismo inmenso de gracias y un milagro de la divina Omnipotencia; os he declarado igualmente el fin de su vida, que lo es para ser medianera entre Dios y los hombres, y por este medio alcanzar para todo el género humano la libertad del cautiverio de la culpa en que yacía sepultado. ¡Cuántas gracias te-

<sup>1</sup> Psalm. cxviii, 32. — <sup>2</sup> Ibid. xxx, 30. — <sup>3</sup> Colos. iii, 9.

nemos que dar á Dios por tan inmenso beneficio, y á María cuántos parabienes y alabanzas! Esta es una de las leyes de la gratitud, dice el angélico Doctor <sup>1</sup>, alabar al bienhechor, y corresponder con obras el favor: alabemos, pues, á Dios y á María, fieles míos, por tan incomparable fineza; pero sea obrando de tal manera, que sean nuestras acciones gratas y aceptas en su presencia soberana, que este es uno de los principales requisitos de la gratitud: obras, pues, oyentes míos, obras de amor y obras de dolor: obras de amor, procurando amar con todas veras á un Dios que tanto nos amó; y obras de dolor, procurando llorar amargamente tanto desacierto, tantas culpas y maldades como hemos cometido en el discurso de nuestra vida. ¡Cuán ingratos hemos sido contra la bondad de un Dios el mas fino y amoroso! ¡Cuántas veces lo hemos vuelto á crucificar con nuestros pecados! ¡cuántas veces lo hemos arrojado de nuestra alma con la mayor ignominia! ¡cuántas veces hemos convertido la silla de Dios en cátedra de pestilencia! ¡Quién, pues, no ha de llorar, siendo reo de tantos y tan enormes pecados? Lloremos, fieles, lloremos, que bien lo necesitamos; lloremos amargamente para que, como dice Jesucristo <sup>2</sup>, la tristeza de las lágrimas se convierta en un eterno regocijo: ó si así fuese, ¡qué gozo tendria en ello la Iglesia nuestra madre! Este es el gozo que solicita; este es el gozo con que desea que celebremos el nacimiento de María, para de esta suerte hacernos dignos de sus favores, y aun merecer que esta soberana Niña se hospede dentro de nuestros pechos.

32. Venid, pues, ¡oh Virgen purísima! venid, ¡oh peregrina del cielo! venid, Señora, y haced de mi corazon lecho de vuestro descanso. Bien sé que en todo sois purísima, y que por lo mismo se os debe limpiísima habitacion: limpiad, ó Madre de misericordia, limpiad mi corazon de todas las inmundicias de la tierra; despegad mi afecto de todo lo criado, y deshaced en mí todo lo que desagrada ó puede desagradar á vuestros purísimos ojos. ¡Cuán miserable soy y he sido, Madre mia, pues, he tenido valor para desagradaros, ofendiendo á vuestro sacratísimo Hijo! Pero ¿qué tengo de hacer? ¿Á dónde he de refugiarme? ¿á dónde sino á Vos, que desde vuestro nacimiento dichoso manifestais á todo el mundo que sois Madre de misericordia? Á Vos, pues, me acojo, soberana Princesa, compadeceos de mí, apiadaos de mí, que sino perezco sin remedio. Tú eres el consuelo de los afligidos; tú eres el socorro de

<sup>1</sup> Thom. 2, 2, q. 107, art. 2. — <sup>2</sup> Joan. xvi, 20.

los necesitados; todas las generaciones te bendicen; todos los tristes te invocan; todos los buenos te contemplan; todas las criaturas se alegran en tí; todos te llaman; á todos respondes, y por todos ruegas. Pues ¿qué haré yo, miserable pecador, si Vos no me amparais?

33. Ea, Madre y abogada nuestra, pues sois tan poderosa en el cielo y en la tierra, miradnos con ojos de piedad y de misericordia; alcanzadnos unas lágrimas mas fervorosas para que lloremos nuestros pecados; encended por último en nuestros corazones el fuego del divino amor, para que amando á Dios sobre todas las cosas, y á Vos despues de Dios, y al prójimo como á nosotros mismos, sepamos rendir á Dios y á Vos veneraciones, cultos y obsequios reverentes en esta vida, y despues alabaros eternamente en la gloria. *Quam mihi*, etc.